

LOS MILAGROS DE LA VIDA PUBLICA DE JESUS EN LA PREDICACION DE SAN AGUSTIN

Por MANUEL USTARROZ, S. I. (San Miguel)

STROMATA

El nombre de Clemente de Alejandría ha pasado a la historia, como el del primer escritor de la Iglesia a quien preocupan a fondo las mutuas relaciones de la filosofía con el cristianismo: Clemente de Alejandría es el primero a quien interesa profundamente el problema de la filosofía cristiana; o sea, ese fenómeno que se repite en la sucesión de los siglos, del filósofo que se hace cristiano, y del cristiano que filosofa para progresar en el conocimiento del dogma.

Clemente siente, o mejor presiente, todo esto. Y escribe sus célebres STROMATA o Miscelánea, así llamados porque los temas tratados en ellos dejan al expositor gran libertad de elección.

Por eso, al cumplir los veinte años de la publicación de nuestra revista trimestral CIENCIA Y FE, en la que se reunieron los esfuerzos anteriores de nuestras Facultades de Filosofía y Teología, publicados bajo los títulos respectivos de FASCICULOS DE BIBLIOTECA (1937-1943) y STROMATA (1938-1943), nos ha parecido que este último título es el que mejor representa el sentido, a la vez tradicional y moderno, de nuestro actual esfuerzo; y hemos querido iniciar el vigésimo primer año de trabajo en CIENCIA Y FE, anteponiendo al nombre —ya bien conocido de nuestra revista— el título más expresivo de STROMATA.

No es un cambio de nombre (ambos a dos figurarán en el encabezamiento de nuestra revista), como no lo fue el de Saulo y Pablo; sino una manera de recordar a los que nos precedieron en nuestro actual trabajo, y nos siguen acompañando con su inspiración original: *nuestra ciencia*, filosófica y teológica, puesta al servicio, como testimonio de *nuestra fe* viva, de la fe de nuestros lectores, en una miscelánea (stromata) de trabajos de investigación o de boletines bibliográficos y ficheros de revistas, instrumentos de trabajo que ofrecemos a nuestros colegas.

I. — LA TEOLOGIA PASTORAL DE SAN AGUSTIN: SU RELACION CON LOS MILAGROS

Teniendo en cuenta una definición propuesta por P. A. Liégé, podemos admitir que la Teología Pastoral es la reflexión sistemática acerca del conjunto del misterio de la Iglesia en acto, vivido en el tiempo de su desarrollo, o la reflexión sistemática acerca del conjunto de las mediaciones de la Iglesia en su ejercicio para la edificación del Cuerpo de Cristo, o, en pocas palabras, la teología dinámica de la Iglesia¹. Tampoco habrá mayor dificultad en admitir la división en Teología Pastoral Catequética, Teología Pastoral Litúrgica y Teología Pastoral Comunitaria. La Teología Pastoral Catequética, según el mismo autor arriba citado, no es la misma catequesis cristiana puesta en acto; sino que se sitúa en el plano de la reflexión y de la sistematización para justificar esa catequesis concreta, para enunciar sus exigencias, la presentación de su contenido y la regulación de sus iniciativas. Ya se ve por esto que la Teología Pastoral Catequética se refiere al estudio del ministerio de la palabra en sus diversas formas de evangelización, catequesis, homilía, de una manera sistemática².

En el caso presente de la predicación de los milagros, hemos

¹ P.-A. Liégé O.P., *Pour une Théologie Pastorale Catéchétique*, R.S.Ph. Th., (39) 1955, p. 3-17. Propone una definición de Teología Pastoral y su división en Catequética, Litúrgica y Comunitaria.

² D. Grasso S.J., *Evangelizzazione, Catechesi, Omilia. Per una terminologia della predicazione*, Greg., 42, 2 (1961), p. 242-267. Propone el término "Evangelizzazione" para indicar el anuncio hecho a los hombres (paganos o descristianizados) para obtener su conversión a la fe (p. 263). El término coincide con el de "kerygma" o primera predicación del Mensaje Cristiano. "Catechesi" es una profundización posterior, no simplemente de ideas, sino de las acciones salvíficas vitales, ejes del pensamiento y la moral cristianos. La "Omilia" es la predicación litúrgica de la familia cristiana hecha por el que preside en representación de Cristo, pero de hermano a hermano, especialmente en la acción Eucarística.

de procurar descubrir a través de los sermones concretos de San Agustín, su sistema teológico pastoral de predicar. En otras palabras, se trata de saber a qué leyes obedecía el santo cuando en su predicación de los milagros de Jesús, disponía a sus fieles para que aceptaran y vivieran el Mensaje de la Salvación.

Una primera ley muy general de esta predicación, importante para este trabajo, nos la da el mismo santo en su librito "De Catechizandis Rudibus"³. Como dispensador y ministro de la palabra, ve la necesidad de seleccionar entre todo lo revelado lo que ayude más a aceptar la vida cristiana atrayendo la atención de una manera personal y divina, a los que se acercan para ser instruidos en la fe. Se trata de elegir lo que más pueda cautivar las tendencias personales, entre todo lo que Dios ha revelado a los hombres. Alrededor de estos puntos seleccionados, hay que describir en forma más sumaria, el resto de la Revelación⁴. Entiende S. Agustín que se favorece el desarrollo de la gracia en los movidos a acercarse a la Iglesia para recibir una primera instrucción, si se le exponen algunas obras de Dios que

³ De Cat. Rud. 3 PL 40, 313.

⁴ J. Daniélou S.J., *L'Histoire du Salut dans la Catéchèse*, L.M.D., (30) 1952, p. 19-35. Señaló la importancia de este modo de proceder. Entre los "mirabilia Dei", S. A. expone los "mirabiliora" que marcan las etapas de la Historia de la Salvación preparatorias a la venida de Cristo. El fin que ha de perseguir el que instruye, es señalar la significación teológica de los acontecimientos, de las maneras divinas de proceder. Ellas indican el poder y amor divinos en la obra de la Salvación. Se obtiene así que el alma se admire y se aumenten su fe y su amor de Dios (p. 20-23).

F. Van der Meer, *Augustinus der Seelsorger. Leben cet. Die Predigt* (p. 481-483). S. A. con la seguridad precisa de su palabra, hace inolvidables los pensamientos y convierte las afirmaciones en aforismos. No se pierde por la agudeza intelectual, sino que cada palabra tiene una penetrabilidad de irresistible ternura... Nunca en ninguna parte se ha predicado tan cordialmente y al mismo tiempo con tanto brillo como en este rincón apartado de Africa (p. 481).

G. Longhaye S.J., *La Prédication*. El cap. V trata de la formación de S. A. como predicador y cómo actuaba en su ministerio. Comenta la caridad en procurar la salvación de las almas. Sus explicaciones a propósito de la compenetración entre el predicador y los que escuchaban, muestran cómo la elocuencia sagrada depende de la caridad (p. 169 ss.).

Chr. Mohrmann, S. A. *Prédicateur*, L.M.D., (39) 1954, p. 83-96. S. A. y los que escuchaban, formaban una unidad que buscaba y pedía en conjunto para obtener la gracia divina. Había una familiaridad de carácter carismático (p. 83). S. A. se esforzaba por hablar al alcance de su auditorio, pero no escatimó nada de la doctrina, comunicando sus conocimientos teológicos y experiencias espirituales. El resultado era el entusiasmo de su

más lo maravillen, que las pueda oír con suavidad, que puedan ser explicadas hasta empapar el ánimo del oyente. Lo demás que pertenece a la formación religiosa, hay que relacionarlo sumariamente con estos centros de interés, de modo que sobresalga lo más importante sin causar tedio en el que escucha. Esos "núcleos de Revelación" en la mayoría de los casos, son las intervenciones especiales de Dios en la vida de los hombres, que llamamos milagros⁵.

Sin duda que S. A. obró así movido por su propia experiencia de la vida cristiana, que lo orientó a buscar en las Sagradas Escrituras y en la práctica de la Iglesia, las indicaciones de la voluntad de Dios para sus propios trabajos apostólicos. El vivió el paso de los goces sensibles que se habían apoderado de él, al de los consuelos sobrenaturales, y de un modo paulatino, que siempre consideró admirable y digno de ser escrito en las "Confesiones". Se lee allí que en el momento de su cambio interior, no falta tampoco un milagro sensible creído por él como tal y acompañado de revelaciones decisivas. Desde entonces tomó las Sagradas Escrituras como se lo ordenó la voz misteriosa, no por un instante, sino por toda la vida⁶.

Nuestra atención de hombres, se detiene en la novedad que nos invade, en el descubrimiento. Y mucho más si notamos que eso nuevo no viene de un hombre sino que viene de una intervención peculiar de Dios en la vida de los hombres. S. A. como pastor de almas, encontró un auxiliar valioso de su predicación en las acciones milagrosas con que Dios quiere llamar la atención a todas las tendencias del alma humana, es algo típico en su concepción del milagro. Nada más natural que tomar también los milagros como punto de partida para un estudio de su predicación.

auditorio como se ve por las citas de los sermones. Esa actitud era inspirada por su idea acerca del oficio del predicador y del carácter carismático de la predicación (p. 94).

D. B. Capelle O.S.B., *Prédication et catéchèse selon S. A.*, L.M.D., 1952, p. 55-64. Comenta algunas de estas ideas en una exhortación hecha a los seminaristas de Malinas.

⁵ De Cat. Rud. 19-27 PL 40, 334-338.

⁶ Conf. 8, 12 PL 32, 761-762 (CSEL 33, 193-196).

II. — LA INTERPRETACION AGUSTINIANA DE LA ESCRITURA Y LOS MILAGROS

En sus predicaciones, S. A. nos presenta a Cristo atrayéndonos con obras que se presentan maravillosas a nuestros sentidos, a fin de elevarnos a los valores sobrenaturales, de edificar nos en la fe. Son por tanto los milagros, medios de revelación acomodados a nosotros que nos connaturalizan con las realidades propias de la fe, la esperanza y la caridad⁷.

Precisamente en el punto crítico de la propia conversión del santo, se puede observar la presencia del milagro unido a la lectura de las Sagradas Escrituras. El “tolle, lege” sentido claramente en la soledad de su retiro de Casiciaco, no sólo disipó sus últimas vacilaciones para abrazar la Iglesia, sino que le recomendó una familiaridad con los libros sagrados que no abandonaría hasta su muerte⁸. La verdad es que el paso de S. A. de su vida de pagano a la Iglesia, está vinculado con el problema “letra-espíritu” (para usar términos de S. A.) de las Sagradas Escrituras.

S. A. había vivido la experiencia de tomar a la letra el Antiguo Testamento especialmente, y sus tiempos de maniqueo fueron según él, una consecuencia de esta actitud. Las predicaciones de San Ambrosio, le hicieron caer en la cuenta de que la “letra” de la Sagrada Escritura, es como un cuerpo vivificado por un “espíritu” oculto a una lectura superficial y arrogante. Esas indicaciones lo orientaron finalmente en el camino que tenía que seguir⁹.

En todos los escritos del santo, vemos este problema capital de la “letra” y el “espíritu”; el deseo de descubrir las intenciones de Dios en cada relato y cada frase de las Sagradas Escrituras, es su característica y no debe extrañar que aparezca en su predicación de los milagros de Jesús. Veamos la relación entre esta exégesis de S. A. y su aplicación al caso particular de los milagros de Jesucristo.

⁷ Así se ha adelantado lo que se explicará después más detenidamente.

⁸ Conf. 8, 12 PL 32, 761-2 (CSEL 33, 193-196).

⁹ Conf. 6, 4 PL 32, 721-2 (CSEL 33, 118-120).

La típica frase agustiniana “factum audivimus, mysterium requiramus”¹⁰, ¿está en consonancia con una lectura seria de la Sagrada Escritura?: ¿No es nada más que un procedimiento literario ajeno en el fondo a la voluntad del autor sagrado?¹¹ Ya se ha respondido en parte a la cuestión al señalar que la búsqueda del “espíritu” detrás de la “letra” de los libros santos, estaba vitalmente relacionada con el hecho de la conversión de S. A. Corresponde indicar aquí si esta actitud está en contradicción con el pensamiento de la Iglesia en la materia.

En primer término, el mismo S. A. nos confiesa que la “letra” de las Escrituras, no le era de ningún modo indiferente. En su tratado “De Doctrina Christiana”, habla de la importancia de valerse de un buen texto latino corrigiéndolo en los puntos oscuros a partir de los escritos griegos y hebreos¹². El mismo, gracias al dominio que tenía del púnico, su idioma natal, señaló fácilmente varios hebraísmos y pudo cotejar las traducciones latinas con la versión de los Setenta y los códigos griegos de los Evangelios¹³. Sus cartas a S. Jerónimo y sus discusiones

¹⁰ In Io. Tr. 50, PL 35, 1760.

¹¹ Johannes Schildenberger O.S.B., *Gegenwartsbedeutung exegetischer Grundsätze des hl. Aug.*, A.M., II, p. 676-690. Hizo notar que S. A. distinguió el sentido espiritual del literal metafórico, aunque a los dos los llamó “Figurata locutio” (p. 688).

M. Pontet S.J., *L'Exégèse de S. A. Prédicateur*. Cree notar que S. A. ve “sacramenta” en todos los textos que resaltan, tienen una discrepancia o una apariencia de escándalo en el contexto (p. 259).

¹² De D. Chr. 2, 11 PL 34, 42, 43.

M. Pontet S.J., o. c. Ver las fluctuaciones del autor acerca del conocimiento del griego de S. A. (p. 195-6).

¹³ D. De Bruyne, S. A. *Reviseur de la Bible*, A.M., II, p. 521-602. Tuvo S. A. la preocupación de una buena versión latina superior a los códigos defectuosos que eran fácilmente citados en las controversias con herejes como favoreciendo una u otra parte. S. Jerónimo se desinteresó por una revisión a partir de los LXX y S. A. emprendió el trabajo. Abarcó los libros de mayor interés pastoral (Salmos, Heptateuco, Evangelios, C. de S. Pablo). Dice que los argumentos para atribuir la revisión a S. A. varían de un libro a otro, aunque cree que si se admite que revisó un libro importante, muy probablemente haya que admitir que revisó también los demás (p. 602). Cree firmemente que las Epístolas (tenemos alrededor de las tres cuartas partes) fueron revisadas por S. A. lo mismo que otros libros (p. 603).

H. Rondet S.J., *Thèmes Bibliques. Exégèse agustinienne*, A.M., III, p. 231-242. Hace un inventario de los trabajos últimos sobre la exégesis de S. A. Refiriéndose al citado arriba, dice: “Dans son travail «Augustin, Ambroise, Aquila», le P. Vaccari nous invite a temperer ces éloges. Augus-

con él, nos lo muestran cuidadoso del sentido literal¹⁴. Discutía por lo tanto, los aportes de los demás con su propio trabajo exegetico y se ocupó en esta labor hasta el fin de su vida, como puede verse en sus "Retractaciones"¹⁵.

En este punto, conviene señalar que no fue S. A. de los que creen a sus interpretaciones libres de todo error. Reconoció muchas veces que estaba tratando temas oscuros y que sólo una luz especial se los podría esclarecer. Al no comprender una cosa, trató de explicarla en base a otra que no ofreciera la menor duda, y con frecuencia, si no se quedaba satisfecho, decía que si a alguno le era revelado algo mejor, que lo creyera. Su actitud era intelectual y honesta: cualquier hombre consciente que

tin a effectivement révisé le psautier, mais ces corrections sont moins originales que ne l'a dit Dom De Bruyne. Il aurait eu en main en effet, une traduction latine révisé qui avait déjà servi à S. Ambroise" (p.23). Cfr. A. Vaccari S.J. el dicho art. en A.M., III, p. 471-482.

Heinrich J. Vogels, *Die heilige Schrift bei Augustinus*, Aur. Aug., p. 411-421. Señala el procedimiento de descubrir hebraísmos a partir del púnico por S. A. (p. 414-5). Cree que dominó el griego hasta poder comparar gran parte de los Setenta con sus manuscritos latinos y que se sintió capaz de hacer un buen comentario a la traducción de los Evangelios de S. Jerónimo (p. 415).

¹⁴ Cfr. v.gr. Ep. 75 PL 33, 251-263 (CSEL 280324); Ep. 81 PL 33, 275 (CSEL 34, 350-1); Ep. 82 PL 33, 276-291 (CSEL 34, 351-387).

H. J. Vogels, o. c. Se ocupa de la desestima de S. A. por la traducción de la Vulgata de S. Jerónimo a partir del hebreo. Cree que S. A. no fue consecuente con su doctrina de hacer cotejar las traducciones latinas con los idiomas originales (p. 416).

G. Jouassard, *Reflexions sur la position de S. A. relativement aux Septante dans sa discussion avec S. Jérôme*, R.D.E.A., (2) 1956, p. 93-99. Muestra que S. A. no aprobó la versión de S. J. porque aparte de creer que los LXX era una versión inspirada, no le pareció conforme el método de S. J. y por otras razones pastorales.

¹⁵ P. M.-J. Lagrange, *Les Retractations Exégétiques de S. A.*, M.A., II, p. 373-395. "On croirait qu'un génie si puissant, si fécond en vues de la plus haute métaphysique, n'était pas faite pour s'assujétir à l'humble besogne de l'exégète... Les «Retractations» prouvent qu'il ne fut jamais las de conformer sa doctrine, jusque dans les nuances les plus délicates, à l'expression qu'il avait trouvée dans les écrits sacrés..." (p. 394-5).

J. Schildenberger, o. c. Recuerda que según la Carta de la C. Bíblica del 20-8-1941 (Acta 39, 1941, 466) es verdad de fe que existe el sentido espiritual en la S. E. (p. 686). Se refiere a la misma carta y a la Divino Afflante Spiritu (Acta 35, 311) para recordar que no todo lo que encierra la S. E. tiene un sentido espiritual y que este sentido para que se diga cierto, ha de basarse en el literal y ser demostrado por tal en el uso de la Escritura y la Tradición, especialmente en la Liturgia (p. 686-7).

trabaja en una ciencia, usa los instrumentos que posee y según los principios comprobados ensaya una explicación de los casos dudosos hasta satisfacer sus interrogantes. Claro está que no podemos pedir a S. A. cosas verdaderamente anacrónicas para la ciencia de entonces, como datos exactos del tiempo que nos separa de la creación del universo, de la aparición de la vida en la tierra, de la forma de ésta, de su constitución y la de sus diversos habitantes. Ni hoy siquiera poseemos la última palabra en muchos de estos puntos¹⁶.

En todo lo dicho no puede haber desacuerdo con ningún exégeta actual. Creyó S. A. que era erróneo sostener que lo narrado por los libros sagrados no contenía algo diverso de lo indicado por la "letra" de los mismos. Tenemos hoy la misma opinión y en esto no radica la dificultad¹⁷. Esta proviene de que no se ven los límites que tenía el santo en su trabajo de producir sentidos espirituales acerca de cualquier frase o acontecimiento de la Sagrada Escritura, con tal de partir de un texto en el que el sentido literal del relato estuviera científicamente asegurado. En buenas cuentas, S. A. creía como católico que en la Sagrada Escritura se contiene un sentido espiritual; pero lo que aquí se plantea es el problema de la extensión que él dio a semejante contenido.

Constantemente S. A. buscó hasta en los detalles de los acontecimientos, símbolos y tipos de realidades que aparecen ocultas a primera vista¹⁸. Al lector de hoy le resultan particularmente desconcertantes las interpretaciones que hizo de los números. Nos sorprende enterarnos de que el uno signifique la unidad de la Iglesia, el dos los pueblos gentil y judío, el tres la Trinidad,

¹⁶ M. Pontet S.J., o. c. Es curioso leer la lista de lo que llama en S. A. "ses naïvetés et ses lacunes en histoire et en géographie" (p. 202). Si se confirma según las fotos de los satélites artificiales que la verdadera forma de la tierra se asemeja más bien a una pera, nadie va a decir por eso que el P. Pontet que escribe que la tierra es un globo que gira (p. 200) ha dicho una "naïveté".

¹⁷ Cfr. nota 17 en donde dice J. Schildenberger.

¹⁸ J. Daniélou S.J., *Sacramentum Futuri*. En el Avant-Propos nos dice la dificultad que encierran los Padres para un lector de hoy: cree que en su exégesis están mezcladas interpretaciones de origen diverso entre las que hay que hacer un trabajo de clarificación.

el siete la operación septenaria del Espíritu Santo, el diez la sabiduría que encierra el cumplimiento de toda la Ley, el cuarenta la Ley predicada por todo el mundo, el cincuenta la vida futura en la que se premia a los justos con el denario, el ciento cincuenta y tres la totalidad de los que se salvan. De estas cifras y de todas las que se pueden componer con ellas, da una explicación espiritual¹⁹. Y no son sólo los números, sino que a veces, no se escapa ningún detalle a esa “espiritualización”. Véase v. gr. en el caso de la mujer cananea: las vestiduras de Cristo significan allí a los Apóstoles; la parte inferior, la orla, al mínimo de ellos, “Paulus”, Pablo. De él, de su predicación, sale la virtud del Señor que sana a los gentiles que creen, figurados a su vez por la cananea que lo toca²⁰.

Hasta aquí la dificultad. La mejor respuesta a ella nos parece ser que, ante la frecuencia del hecho señalado, hay que concluir que para S. A. este trabajo era un verdadero método, no algo limitado únicamente a algunos casos que con procedimientos similares realizaron los mismos autores sagrados²¹.

Hoy no podemos admitir simplemente semejante procedimiento, y aunque creemos en la existencia de un sentido espiritual en la Sagrada Escritura, no lo afirmamos como cierto si no está basado en los autores sagrados y la Tradición²². Es claro que no podemos negar que el Nuevo Testamento esté figurado por el Antiguo. Nos apartaríamos del uso tradicional de

¹⁹ C. Couturier, “Sacramentum” et “Mysterium” dans l'oeuvre de S. A., p. 243-255. Presenta una larga lista de textos acerca de esta interpretación de los números

²⁰ S. 62, 3 PL 38, 416-417; S. 77, 4-5 PL 38, 485-486.

²¹ J. Schildenberger, o. c. Trata de la extensión que dieron los Padres y la Liturgia a la interpretación alegórica, sin limitarla a los casos en que obran así los mismos autores sagrados. Es que vieron en la exégesis de S. Pablo un verdadero método. De la forma que S. Pablo interpretó típicamente los acontecimientos y las personas del A. T., concluyeron que existía una prefiguración universal y querida por Dios. La misma S. E. expresa: “Lex umbram habens futurorum bonorum” (Hebr. 10, 1). Se da esto como consecuencia del decreto divino de que el A. T. se complete orgánicamente en el N. T. Dios resulta Autor de los dos testamentos que tienen una perfecta unidad (p. 687-8).

²² Pío XII, *Littera ad Exc.mos Arch. et Ep. Italiae* (20-8-1941), *Enchiridion Biblicum* N° 524: “...Ora se è proposizione di fede...”.

Id., *Divino Afflante Spiritu*, II (30-9-43), *Ench. Bibl* 551. Propugna

la Iglesia en la Liturgia y de la interpretación de los Santos Padres, si negamos que el Nuevo Testamento encierra significados que se refieren a la vida actual de la Iglesia, y que los milagros de Cristo, son acciones que pretenden elevar a los hombres al orden nuevo sobrenatural que El vino a instaurar en la tierra²³. Aunque no aceptemos simplemente todos los detalles, hemos de reconocer como válida la posición de S. A. de mirar las curaciones, las resurrecciones de muertos y demás milagros de Jesús, como realidades de las que no nos es lícito dudar, pero a partir de las cuales, podemos descubrir en nuestra vida cristiana, en nuestra elevación al orden sobrenatural, su último significado.

Para aclarar nuestra respuesta al proceder de S. A., volvamos al ejemplo dado antes de la curación de la mujer cananea. Aceptemos sin dificultades que el sentido espiritual o pleno de esta curación, sea el de la salvación, el de la cura misteriosa que se obra en el hombre cuando cree y adquiere con esto una nueva vida: así se desprende obviamente de la misma Escritura (Lc. 8, 48). No será tan fácil admitir que la mujer cananea sea el tipo de los gentiles, lo mismo que la hemorroísa. Pero que la orla del vestido de Cristo sea tipo de San Pablo, es simplemente acomodaticio y debe rechazárselo²⁴. Al llegar aquí, descubrimos que S. A. ha abusado en este caso de la alegoría²⁵.

En otras palabras: lo que llama S. A. “espíritu” de la Escritura, en oposición a su “letra”, significa, aunque no siempre,

la importancia de dar junto con el sentido “literal”, el sentido teológico. En el N° 553: “Non omnis sane spiritualis sensus a S. Scriptura excluditur... quare exegeta sicut litteralem, ut aiunt, verborum significationem, quam hagiographus intenderit atque expresserit, reperire atque exponere debet, ita spiritualementem etiam dummodo rite constet illam a Deo fuisse datam...”.

Id., *Instructio 13 Maii* 1950, *Ench. Bibl.* 599.

²³ Esto es hoy indiscutible y entra en el concepto aceptado unánimemente de Historia de la Salvación. Se puede leer v.gr. Vagaggini C. O.S.B., *Il senso teologico della Liturgia*, p. 17 ss.

²⁴ Pío XII, *Divino Afflante Sp.*, *Ench. Bibl.* 553: “Nam etsi in concionatoris praesertim obeundo munere...”.

²⁵ Pío XII, *Litt and Ep. It.* ut supra, *Ench.* 524: “Non ogni sentenza o racconto contiene un senso simbolico, anche a danno del senso letterale e storico...”.

el sentido pleno que también nosotros admitimos²⁶; pero cuando el “espíritu” se refiere a un sentido alegórico o acomodaticio, entonces no podemos aceptarlo sin reticencias y con las limitaciones indicadas. En esos abusos, S. A. puede ser admitido como el buen obispo que quiere siempre recordar a sus fieles cosas para su edificación, y como escriba docto en el Reino de los cielos, se explica en parábolas. Dejemos de averiguar hasta qué punto creía él en ese tipo de acomodaciones.

Baste por ahora, lo dicho acerca de la Sagrada Escritura. Nuestras conclusiones, por otra parte, tratarán de basarse en el sentido pleno constantemente utilizado por el santo. Rechazaremos la extensión exagerada del simbolismo agustiniano para mantener como válido también hoy, su procedimiento general de ver en las acciones y palabras de la Sagrada Escritura, el estilo de Cristo que se reproduce en su vida en medio del pueblo cristiano.

²⁶ Para S. A. la S. E. no era un libro escrito con fines puramente científicos, sino prácticos: la formación de la fe, la esperanza y la caridad en las almas de los que lo leen. Así lo afirma en De D. Chr. 1, 35-40 PL 34, 34-36. Según el S. 51-, 5-6 PL 38, 336, es más necesario para entenderla la “pietas quaerendi” que el “acumen discutiendi”. De este modo, una vez visto el sentido literal y admitida la verdad de los hechos, no hay para él nada malo en pasar a contemplar las realidades reveladas que nos suscitan los relatos, bajo una nueva luz. J. Schildenberger, *o. ci.*, p. 688, dice que el sentido espiritual no consiste en demostrar la existencia de verdades de fe, sino que las presupone ya conocidas según S. Th. 1a. Q. 1a. a. 10 ad 1. Sirve para una profundización contemplativa, llena de amor durable, de las verdades de la fe. Cree este autor que Dios ha visto los casos en que se puede aplicar el método de interpretación típica (enseñado por Cristo y los Apóstoles). Dado que esto fomenta el crecimiento de nuestra vida cristiana, realizando el fin último de la S. Escritura, Dios ha aprobado y deseado también su aplicación (p. 689). Con este procedimiento, Cristo se nos presenta anunciado antes y viviente ahora, obrando con nosotros acciones análogas a las que hizo en su paso por la tierra. Sentimos la alegría de saber que el que iluminó a los ciegos, es el mismo que nos da la luz de la fe; el que sanó a los enfermos, sigue curando nuestras llagas de pecadores, el que resucitó a los muertos, nos eleva de la muerte eterna y nos llena de vida nueva; el que ascendió a los cielos, es nuestro Mediador. Cristo mismo dijo a S. Pedro “ex hoc iam homines eris capiens” (Lc. 5, 10). Pudo así S. A. según el principio de semejanza, ver en los milagros los símbolos de la acción de la gracia en nuestras almas (Cfr. Schildenberger, p. 689).

III. — CONCEPTO DEL MILAGRO EN S. A.

En un sentido amplio, suele S. A. llamar “milagro” a todo hecho arduo que está por encima del poder del que lo contempla²⁷. En esta acepción resultan milagros los prodigios de la naturaleza como la fuerza de las semillas, la variedad de las sensaciones de luz, color, olores y sabores, la sucesión de días y noches, estaciones, el que constantemente aparezcan nuevos seres, etc.²⁸.

Explicando en “De Trinitate”²⁹ los prodigios de los Magos de Egipto que produjeron instantáneamente reptiles, señala que los gérmenes de esos reptiles existían en la naturaleza desde el día primero de la Creación, en una forma invisible. Para que estos gérmenes adquirieran su desarrollo, son necesarias condiciones especiales y una temperatura acomodada que los ángeles buenos y malos saben procurar. Las virtudes, fuerzas y leyes de todos estos movimientos naturales o “rationes seminales”, creadas por Dios en el principio, están confiadas e injertadas en las cosas³⁰ y bajo la acción divina y con el concurso de circunstancias favorables, despliegan su poder hasta producir los primeros individuos de las primeras especies y por ellos, todos los seres vivos, plantas y animales en sus estados diversos.

Dentro de esta teoría de las “rationes seminales”, y en cualquier otra que trate de ver la relación entre la actividad de Dios que administra el Universo y su actividad creadora, no hay duda de que poseemos abundante material para que se despierte en nosotros la admiración de las obras y por lo tanto, la consideración de la dignidad del Creador. Las causas de estos acontecimientos permanecen oscuras a pesar de que suceden constantemente, pero lo cierto es que dada su frecuencia, ni siquiera hacemos caso de ellos.

El Milagro vendrá en auxilio de nuestro alejamiento del Creador, para reparar las consecuencias del pecado, para ini-

²⁷ Cfr. De Ut. Cr. 16-18 PL 42, 89-91 (CSEL 25, 43-46).

²⁸ Id. Cfr. Tr. 24, I PL 35, 1592-1593 (CC 36, 244).

²⁹ De Trin. 3, 8, 13 PL 42, 875-876.

³⁰ De Gen. ad Litt. 9, 17 PL 34, 405-6.

ciarnos precisamente en nuestra elevación a lo sobrenatural. Como estos milagros, en el sentido amplio que está apuntado, no nos ayudan porque no los consideramos, Dios quiso echar mano a los milagros en un sentido escrito³¹.

Sin duda que S. A. aparte de la noción general del milagro como efecto perceptible fuera del orden natural común que excede las fuerzas de la naturaleza³², tiene un concepto más completo. En su teoría de las “rationes seminales” nos dice que para que se produzcan los efectos naturales, hay virtualidades injertadas y confiadas a las cosas, pero que Dios quiso añadir otras capacidades de modo que las cosas que las poseen no produjeran su efecto de un modo natural, sino que las hizo de forma que estuvieran sujetas a una voluntad superior³³. Dios no obra como en los milagros en sentido amplio, haciendo operar las fuerzas dadas con la naturaleza, sino que introduce nuevas virtualidades que la naturaleza no poseía. Al producirse los milagros en sentido estricto, Dios no deja las fuerzas creadas en su potencia natural, sino que empleando su potencia obediencial, hace entrar en juego nuevas fuerzas.

De este modo, Dios consigue llamar la atención del hombre, pero no pretende únicamente admirarlo, sino salvarlo. No es por un simple espectáculo, sino para afectarnos profundamente, Dios quiere hacer milagros.

Al entrar en la consideración de la finalidad de estas acciones especiales, podemos recordar con el P. Boyer que no ignoró S. A. en los milagros, el aspecto de signos de una intervención divina que sostienen una doctrina o un mensajero divinos³⁴. El autor citado, trae a colación un lugar de “De Civitate Dei” en el que claramente se nos habla de una necesidad de los milagros a fin de que el mundo creyese en Jesucristo y en su doctrina³⁵.

Hasta aquí, si omitimos las referencias que hace S. A. a su

³¹ Tr. 24, 1 PL 35, 1592-3 (CC 36, 244).

³² De Ut. Cr. 16-18 PL 42, 89-91 (CSEL 25, 43-46).

³³ De Gen. ad Litt. 9, 17 PL 34, 405-6.

³⁴ Ch. Boyer S.J., *The Notion of Nature in St. A.*, p. 181.

³⁵ De C. Dei, 22, 8 PL 41, 760 (CSEL 40, 595-6 - CC 48, 815-6). Fueron necesarios los milagros para que el mundo creyera.

teoría de las “rationes seminales” no hay nada que no haya sido recogido por las sistematizaciones posteriores y llegado a nosotros como la doctrina tradicional³⁶. El aporte menos estudiado de nuestro santo, es que no se detuvo únicamente en la consideración apologética y como exterior del Milagro, como de una acción que proveniente de Dios, hace valorar personas o doctrinas diferentes del Milagro mismo. El quiso revisar los mismos hechos milagrosos en lo que encerraban, para descubrir en ellos un sentido espiritual que alimentara nuestra fe. Sucede, nos avisa, como al ponernos frente a un manuscrito con caracteres hermosos. Podemos alabar a su autor por la pericia caligráfica; pero si sabemos leer, admiraremos las letras, y además entenderemos su contenido³⁷. Ya veremos en los capítulos pos-

³⁶ Sto. Tomás comentó así la definición del milagro: “Et ideo in definitione miraculi ponitur aliquid quod excedit naturae ordinem, in hoc quod dicitur «supra facultatem naturae», cui ex parte rei mirabilis respondet quod dicitur «arduum». Et ponitur etiam aliquid quod excedit nostram cognitionem in hoc quod dicitur «praeter spem admirantis apprensus»; cui ex parte rei mirabilis respondet quod dicitur «insolitum». Nam per consuetudinem aliquid in nostram notitiam familiaris venit”, *De Potentia*, Q. 6, A. 3. Puede verse la doctrina en *De Pot.*, Q. 6, AA. 1-10 y *S.Th.*, I, Q. 105, AA. 6-8; Q. 110, A. 4; Q. 114, A. 4.

E. Dhanis S.J., *Qu'est-ce qu'un Miracle?*, Greg., XI, 1959, p. 201-241. Desarrolla esta definición del milagro en el que tiene más en cuenta su finalidad: “le miracle est un prodige survenant dans la nature et inséré dans un contexte religieux, il est divinement soustrait au régime des lois naturelles et il est adressé aux hommes par Dieu, comme un signe d'un ordre de grace”.

J. A. Hardon S.J., *The concept of Miracle from St. A. to modern apologetics*, Th.St., XV, 1954, p. 229-257. Breve historia de la evolución del concepto del milagro en Apologética.

L. de Grandmaison S.J., *Jésus Christ*, II, p. 313-368. El valor histórico de los milagros del Evangelio.

A. Lefèvre S.J., *Miracle*, Supl. D.B., col. 1299 ss. Terminología bíblica y conclusiones para la teología.

P.-A. Liégé O.P., *Le Miracle dans la Théologie Catholique*, L. et V., (33) Juillet 1947, p. 63-88.

J. H. Newmann, *Two Essays on the Biblical and on Ecclesiastical Miracles*, London 1873 (3ª ed.). Libro escrito antes de su entrada a la Iglesia Católica. Se rebela contra una idea del milagro que sólo tenga en cuenta el carácter de mera excepción del orden físico (p. 5). Da cuenta de una unidad entre los milagros del Evangelio por su fin moral dentro del sistema (p. 12). Eso muestra el gobierno que Dios tiene sobre los hombres y cómo despierta con esos signos el sentido de su responsabilidad ante El. Indica una conexión de los milagros con la resurrección de Cristo (p. 92).

³⁷ Tr. 24 PL 35, 1592-3 (CC 36, 244).

teriores cómo leyó S. A. en los milagros de Jesús. Aquí nos contentamos con dar una idea más general.

¿Qué son en sí mismos esos signos milagrosos? Son ante todo acciones de un interés enorme para el que los contempla y despiertan en él un agradecimiento profundo, un afecto creciente por el autor de semejantes cosas³⁸. Más que la admiración de recibir la salud, lo que domina en el sujeto del milagro, es el amor hacia el que lo sanó. Los paralíticos, los leprosos, los renegos, ciegos, sordos y mudos, los que lo vieron atravesar el mar a pie, cambiar el agua en vino, alimentar a miles de hombres con unos pocos panes y resucitar a los muertos, recibían un admirable beneficio o eran testigos de eso; pero lo que es más importante, eran conmovidos en sus almas errantes, en lo más profundo de su ser hacia la majestad del que obraba de tal modo³⁹.

Dios ha hecho esas obras suyas especiales de una manera ordenada, progresiva, “oportuna”, según la frase de S. A., con el fin de obtener que esa conmoción en los pensamientos y en los corazones de los hombres hacia el Señor, llegara hasta sus últimas consecuencias, a cambiar totalmente sus costumbres purificando y haciendo nuevas sus vidas⁴⁰.

Si alguien preguntara por qué no son ahora más corrientes esos milagros sensibles de curaciones, resurrecciones de muertos y otros prodigios que leemos en los Evangelios, respondemos con S. A.⁴¹ que hay ahora también milagros sensibles, aunque no tengan la importancia de aquellos de la vida de Jesús; pero que sin embargo hay claramente alrededor nuestro frutos de aquellos prodigios que despiertan e inflaman cada día nuestra fe⁴².

³⁸ Dt. Ut. Cr. 16-18 PL 42, 89-91 (CSEL 25, 43-46).

³⁹ Id.

⁴⁰ “Facta sunt igitur illa «opportunistissime»”, Ib., col. 90.

⁴¹ “Multo maius est miraculum, si Deus in ipsa anima operatur quae transcendat vires totius naturae, quam si Deus talia perficit in materia non spirituale; licet ratione publicitatis miracula externa vincent interna”. S. Tromp S.J., *De Revelatione Christiana*, p. 113.

⁴² “Modo non resurgit mortale cadaver; resurgit anima quae mortua iacebat in vivo cadavere. Modo aures corporis surdae non aperiantur; sed quam multi habent aures clausas cordis, quae tamen verbo Domini penetrante patescunt, ut credant qui non credebant, et bene vivant qui male vivebant, et obediant qui non obediebant?” (S. 88, 3 PL 38, 540).

Los milagros de Jesús fueron hechos para que los hombres creyeran en Dios y hoy vemos que creen sinceramente en Dios invisible, y lo que es más, lo reconocen y adoran, no sólo unos pocos doctos, sino una muchedumbre innumerable de hombres esparcidos por toda la tierra. Entre éstos hay quienes lejos de conformarse con los bienes de la vida terrestre, fijos en su Señor los corazones, se contentan con una pobre alimentación, viven puros sin querer para ellos los goces del matrimonio, renuncian a sus fortunas repartiendo sus bienes a los pobres y viven libres en este mundo con su esperanza puesta en Dios. Si bien los que llegan a estos extremos son pocos en relación con la multitud de los que creen, sin embargo esos pocos influyen en todos con su ejemplo, porque el pueblo ve, aprueba, favorece y finalmente, ama a Dios.

En este resultado final ha influido sin duda la Providencia de Dios, los vaticinios de los Profetas, la humanidad y la doctrina de Jesucristo, los viajes de los Apóstoles, los trabajos de los santos y la sangre de los mártires; pero en todo esto, Dios providencial y oportunamente ha realizado sus designios por medios extraordinarios, por los milagros⁴³.

Concluyamos este primer contacto con la doctrina agustiniana del milagro. Este es más que un signo de algo exterior a él y en relación remota con él. Cada milagro es una señal repleta de indicaciones para la mente y el corazón de los hombres, ocupa un lugar en la providencia de Dios, tiende a despertar el amor y la gratitud hacia el Creador. Esos signos llevan en su interior el estilo del que los realizó, nos hablan del Hombre Dios que vino a nuestra tierra para llevar a los hombres al Padre:

“Quid enim agunt tanta et tam multa miracula, ipso (Christo) etiam dicente illa fieri non ob aliud nisi ut sibi crederetur?”⁴⁴

Podemos dar después de lo dicho, esta definición agustiniana de los milagros: *Hechos arduos e insólitos por encima de las fuerzas y esperanzas del que los contempla, empleados por Dios*

⁴³ De Ut. Cr., loc. cit.

⁴⁴ Id. col. 88.

providencialmente como signos que de tal manera nos hablan de Cristo, que atraen a los hombres con todas sus fuerzas hacia el Padre ⁴⁵.

Que las otras acciones no milagrosas, lo mismo que las palabras todas de la Sagrada Escritura tengan también un significado ulterior, un "sensus spiritualis", es claro para S. A. Ya nos hemos ocupado de esto antes. Quede por ahora la idea de que lo peculiar de los milagros, es su especial esplendor como signos. Ellos dan testimonio de Cristo y de la Majestad Divina de un modo más brillante y elocuente que los otros signos, que los demás hechos, atrayendo consiguientemente con más vehemencia hacia su Autor y ocupando un lugar primordial en la redención de los hombres.

IV. — "SIGNUM", "FIGURA", "MYSTERIUM", "SACRAMENTUM" Y "STATUS QUAESTIONIS" EN LOS SERMONES DE SAN AGUSTIN

Las cuatro primeras palabras, parece emplearlas indistintamente S. A. para indicar la realidad de que se trata apuntando a otra más oculta ⁴⁶. V. gr. la pesca milagrosa es "signum", "figura", "mysterium", "sacramentum" de la reunión de los hombres en la Iglesia por el trabajo de la predicación de los Apóstoles y sus sucesores ⁴⁷.

Eso que se significa entra como meta en la intención final del Señor al realizar sus milagros. Se trata de una noción análoga a la que tenemos nosotros de nuestros siete sacramentos en cuan-

⁴⁵ Cfr. las definiciones del Milagro de la cita 36.

La doctrina del milagro en S. A. que hemos explicado a partir de los textos de "De C. Dei" y "De Ut. Cr." la podemos leer predicada y compendiada v.gr. en el milagro de la multiplicación de los panes, al comienzo (Tr. 24, 1 PL 35, 1593). Cfr. tamb. Tr., 8, col. 1450 y S. 126, 4 PL 38. 699-700.

⁴⁶ C. Couturier, "Sacramentum" et "Mysterium" dans l'oeuvre de S. A. Hace una colección abundantísima de textos en los que se pueden ver empleados indistintamente los términos de nuestro título. Cfr. p. 269.

⁴⁷ Marie Comeau, S. A. *exégète du quatrième Evangile*, dice de S. A.: "...Aucune systématisation, aucun plan préconçu. La tradition oratoire, ou la fantaisie personnelle, une association d'idées ou de mots, fournissent les éléments du symbolisme; et grâce a ces éléments, le prédicateur dégage de l'Evangile une leçon qui ne découle pas nécessairement du texte" (p. 155). Y dice esto a propósito de la pesca milagrosa. En esta oportunidad M. C. parece haber exagerado sus apreciaciones.

to signos de gracia. La diferencia con la noción que nos ocupa está en que los sacramentos son signos eficaces de la gracia, mientras que los términos nuestros tienen una relación más amplia con la gracia y abarcan no sólo los sacramentos sino los sacramentales, los signos de la Liturgia y los significados de la Sagrada Escritura. Son por lo tanto, personas, acciones, palabras, cosas cuya función es ser indicativas de otras realidades mucho más interesantes para nosotros, porque son beneficios de gracia personales ⁴⁸.

Para S. A. la función de la Sagrada Escritura no es sólo informarnos con exactitud de algunos hechos salvíficos, sino con éstos y por su medio, avivar en nosotros la vida de fe, esperanza y caridad ⁴⁹. De ahí la actitud que hemos de tener al leerla: debe ser consonante con el fruto que Dios pretende que saquemos de ella. Frente pues, a las personas, acciones, palabras y cosas que se nos narran en ellas, es menester no sólo el "acumen discutiendi", sino la "pietas quaerendi". De ahí que las Sagradas Escrituras con su variedad inagotable de significados, nos sacan del fastidio, de la rutina de la vida ordinaria y son como lámparas de buena luz que nos van alumbrando en nuestro paso por las tinieblas de este mundo ⁵⁰. Pero con nuestra curiosidad propia de hombres inteligentes, ha de acompañarnos la humildad de los discípulos de aquel que se humilló hasta tomar nuestra carne. Así pedimos y somos iluminados interiormente por Dios para ver el significado oculto en un principio. Entonces nos sentimos llenos de gozo, cuando el Señor ha descornado a nuestra vista el velo que ocultaba la realidad escondida de la gracia y nos sentimos más elevados y más próximos a El ⁵¹.

⁴⁸ "In oculis eius praecesserat sacramentum sed in corde nondum erat effectum gratiae beneficium" (S. 136 PL 38, 751).

⁴⁹ Cfr. nota 28.

⁵⁰ S. 189, 1 PL 38, 1005.

M. Jourjon, *L'Evêque et le peuple de Dieu selon S. A.*, S.A.P.N. Hace notar la obligación que tenían los fieles de leer las S. Escrituras en el caso de que su obispo no cumpliera con el deber de predicarlas. Y cita como prueba de esto el S. 46, 8, 20 PL 38, 282.

⁵¹ S. A. indica a veces esta actitud fundamental para la recta inteligencia de la Revelación. V.gr. "qui melius intelligit doceat me: sic doctor sum ut indocilis non sim. Qui autem melius non intelligit, quod intelligit audiat a me" (S. 244 PL 38, 1149).

Lo dicho sucede de un modo especial cuando el “signum”, “figura”, “mysterium”, “sacramentum” son los milagros de Jesús que por ser tales nos llaman poderosamente la atención⁵². Por lo indicado en el capítulo anterior a propósito de la noción del milagro, ya se puede adelantar que los hechos milagrosos son en el plan divino un método pedagógico por el que Dios nos forma conforme a la imagen de Cristo.

Volviendo a la atención que provocan los milagros, no hay duda de que S. A. debió servirse de ella para ir directamente al mayor interés que tenía el pueblo que lo escuchaba. Los tratadistas de la Predicación, descubren en el llamado “Status Quaestionis” aquello que es menester considerar en el asunto que se trata porque eso es lo que más esperan los oyentes que se exponga y de eso dependerán las decisiones que tomen posteriormente⁵³.

A simple vista, cuesta encontrar los “Status Quaestionis” precisamente en homilias como las del tipo que nos ocupa. Pero es de suma importancia encontrar los “Status Quaestionis” si queremos proceder más sistemáticamente en nuestro trabajo. Hay un “Status Quaestionis” muy importante que se adivina al leer cualquiera de las homilias. Es, por parte de los oyentes, la sed de la vida, de la felicidad que ofrece la Iglesia a sus hijos fieles. Esta sed se manifiesta en los cristianos fervorosos en su esperanza por la venida del Señor⁵⁴. Se muestra con mucha menos firmeza en la turba de aquellos tan prontos a ir a la Iglesia como a los teatros⁵⁵. La vida que se promete en la Iglesia, es mi-

⁵² Tr. 24, PL 35, 1592-3 (CC 36, 244).

⁵³ M. F. Quintilianus, *Institutiones Orat.*, L. 3, c. 6.

⁵⁴ S. A. decía a sus fieles: “Facile corpus levabitur in alta coelorum, si non premat spiritum sarcina peccatorum” (S. 263, PL 38, 1211; Willmart 9, 1 (Mor. M. A. I, 693).

⁵⁵ “Male viventium multitudo bene viventes ita perturbat ut qui bene vivit stultum se putet quando attendit alios male vivere: maxime quia secundum bona huius saeculi inveniuntur multi felices nocentes, et inveniuntur multi infelices innocentes” (S. 250 PL 38, 1164).

“Quam multi raptores, quam multi abriosi, quam multi maledici, quam multi spectatores theatrorum! Nonne ipsi implent ecclesias qui implent et theatra? Et talia plerumque seditionibus quaerunt in ecclesiis, qualia solent in theatris... In ista civitate, fratres mei, nonne experti sumus, quod recordatur nobiscum Sanctitas vestra, quanto periculo nostro de ista basilica ebriositates expulerit Deus?” (S. 252, PL 38, 1174).

rada sólo con curiosidad por los grupos de paganos que también quieren oír lo que dice S. A.

El santo que conoce bien el corazón humano, sabe lo que es común a su abigarrado auditorio, el peligro que corren unos y la triste realidad de otros, el apego del hombre a los bienes creados, a la instalación en este mundo. Y así va rápidamente al “Status Quaestionis” considerado desde su punto de vista. S. A. lo trata siempre, de una manera u otra, mostrando la “appetibilis Dei”⁵⁶, abriendo los tesoros de su atracción que necesariamente ha de ser irresistible y más fuerte que el encanto que nos ofrecen sus creaturas. Nadie puede dudar que S. A. trata de que sus fieles se arrepientan de las obras propias de la vida carnal y deseen fervientemente incorporarse a Cristo en la vida de su Iglesia.

Esto último es precisamente lo que S. A. tiene por término de sus “figura”, “signum”, “mysterium”, “sacramentum” tal como las definimos al comienzo del presente capítulo. Dijimos que eran indicaciones de beneficios de gracia personales, aunque ocultos a una mirada superficial⁵⁷. Es menester ayudar a develarlos, pero no simplemente exponiéndolos, sino gradualmente, a medida que el predicador suscite las disposiciones personales de los oyentes para que apetezcan eficazmente los bienes sobrenaturales.

Los “figura”, “signum”, “mysterium”, “sacramentum”, son un auxiliar precioso del predicador. Nos dicen que para él hay un orden en lo revelado que corresponde a una capacidad nuestra en irlo captando. Son ni más ni menos que una explicitación del “Status Quaestionis” general que hemos señalado, de modo que va adaptándose de acuerdo con la materia tratada a la presente situación del auditorio.

Para proceder con un cierto orden, podemos aislar el primero de los milagros, el de las bodas de Caná, de otros grupos

⁵⁶ “Magna est enim miseria superbus homo; sed maior misericordia humilis Deus. Hac ergo dilectione tibi tamquam fine proposito, quo referas omnia quae dicis, quidquid narres ita narra, ut ille cui loqueris audiendo credat, credendo speret, sperando amet” (De Cat. Rud. 4 PL 40, 316).

⁵⁷ Cfr. nota 48.

construidos en base a los “figura”, “signum”, “mysterium”, “sacramentum”. Dejamos el orden temporal de la ejecución de esos milagros para proceder teniendo en cuenta su significación de beneficios de gracia.

Previamente a la consideración de esos grupos, veamos qué milagros de Jesús nos quedan predicados por S. A. Los milagros del Evangelio de S. Mateo explicados por el santo, son la curación del siervo del Centurión⁵⁸, la tempestad calmada⁵⁹, la curación de la hemorroísa⁶⁰, la resurrección de la hija de Jairo⁶¹, la liberación de un endemoniado ciego y mudo⁶², el paso de Cristo sobre las aguas del lago⁶³, la curación de la hija de la Cananea⁶⁴, la transfiguración⁶⁵, la curación de los ciegos de Jericó⁶⁶, la maldición de la higuera⁶⁷. De S. Marcos trató especialmente la segunda multiplicación de los panes⁶⁸. De S. Lucas, la resurrección del hijo de la viuda de Naím⁶⁹, la curación de la mujer encorvada⁷⁰, de los diez leprosos⁷¹. Los milagros del evangelio de S. Juan están considerados todos en diversos tratados de su comentario al cuarto evangelio. Además se refirió en distintos sermones a las bodas de Caná⁷², a la curación del paralítico de la piscina⁷³, a la multiplicación de los panes⁷⁴, a la curación del ciego de nacimiento⁷⁵ y a la resurrección de Lázaro⁷⁶.

⁵⁸ Mt. 8, 8-12 (S. 62 y Mor. 6 M.A. I).

⁵⁹ Mt. 8, 26 (S. 63).

⁶⁰⁻⁶¹ Mt. 9, 18-26 (Mor. 7; Mai 25: M.A. I; S. 77, Cfr. S. 62).

⁶² Mt. 12, 22ss (S. 71).

⁶³ Mt. 14, 25 (S. 75 y 76).

⁶⁴ Mt. 15, 21ss (S. 62, 77).

⁶⁵ Mt. 17, 1ss (S. 78 y 79; Guelferb. 23, Mai 25, Mor. 16: M.A. I).

⁶⁶ Mt. 20, 30ss (S. 88).

⁶⁷ Mt. 21, 18ss (S. 89).

⁶⁸ Mc. 8, 1-9 (S. 95).

⁶⁹ Lc. 7, 11ss (S. 98).

⁷⁰ Lc. 13, 6ss (S. 110 y Mor. 13).

⁷¹ Lc. 17, 11ss (S. 176).

⁷² S. 123.

⁷³ SS. 124 y 125, Mai 128.

⁷⁴ SS. 130 y 131, Mai 129 (375).

⁷⁵ SS. 136 y 135, Mai 130.

⁷⁶ S. 98 y Mai 125.

V. — LOS MILAGROS

A. — EL MILAGRO DE LAS BODAS DE CANA⁷⁷

Significados propuestos por S. A. — El que Jesús venga a unas bodas significa⁷⁸, aparte de que se señala al mismo Dios como autor de las bodas de los hombres, que el Verbo de Dios, al unirse a nuestra carne en el seno de la Virgen, viene como Esposo a desposar a su Iglesia. Y para estos desposorios es menester preparar a la Esposa. La transformación previa de los hombres para una Alianza Nueva, se debe realizar en la hora misteriosamente señalada por Xto. al decir “*nondum venit hora mea*”⁷⁹. Y esto lo dijo Jesús porque primero tenía que llamar y formar a sus discípulos, mostrarles su divinidad con milagros y su humanidad con sufrimientos. Había de pasar hambre, sed y trabajos, ser azotado, crucificado y muerto. Entonces habría llegado su hora, la de la redención de su Esposa que se completaría con su Resurrección y Ascensión a los cielos. La Iglesia, llena del Espíritu Santo predicaría después por todas partes las obras del Esposo que tomó nuestra humanidad. *El buen vino*⁸⁰ es la Buena Nueva de nuestra transformación en Cristo, es el Evangelio. Fue guardado para lo último, pero desde todos los tiempos la salvación por Cristo estaba profetizada. Las Escrituras del Antiguo Testamento son sólo agua si no se interpretan de Jesús. En *las seis hidrias puestas en orden*⁸¹ y llenas de agua, están figurados los seis períodos en que se divide la historia desde Adán hasta nuestros días. En esta sexta edad, como en otro día de la Creación, fuimos transformados de agua en vino: se nos regeneró conforme a la imagen y semejanza de este Esposo, y gustamos el vino del Evangelio de Jesús que estaba escondido con apariencias de agua en las Sagradas Escrituras. Todos los tiempos y todos los pueblos son invitados a beber en el convite.

⁷⁷ Io. 2, 1ss. Tr. 8 y 9 PL 35, 1450-1466; S. 123.

⁷⁸ Tr. 8 PL 35, 1452; Tr. 9, 1458-9.

⁷⁹ Id. col. 1452-58.

⁸⁰ Id. 1459ss.

⁸¹ Ib.

Finalidad a la que apuntan todos estos significados

Ya se puede fácilmente concluir de lo expuesto que al explicar las Bodas de Caná, S. A. quiso indicar que detrás de este milagro se esconde el misterio de la transformación profunda del género humano que vino a obrar el Verbo de Dios al asumir nuestra carne. Esta venida única de Salvación está figurada en todas las Escrituras desde la creación del primer hombre hasta la Encarnación. Omitimos otros significados que explicitan el anterior, y nos quedamos con éste que es peculiar del milagro de las bodas de Caná. Obrando así facilitaremos las conclusiones finales acerca de la Teología de la Predicación de S. A.

B. — CURACION DE UN ENDEMONIADO⁸², DE LOS CIEGOS⁸³, DEL PARALÍTICO DE LA PISCINA⁸⁴ Y RESURRECCION DE MUERTOS⁸⁵

Significados propuestos por S. A. — Los enfermos que sana Jesús son una imagen del estado miserable en que nos hallábamos los hombres antes de su intervención. El fue el Médico de nuestra naturaleza cuando vino a posesionarse de ella. Se hizo hombre para que no permaneciéramos enfermos eternamente⁸⁶. Detengámonos brevemente en los milagros particulares.

Liberación del endemoniado. — Al ver libre al poseso, hemos de pensar que Cristo ha venido para amarrar al fuerte, a Satanás, con sus cadenas de justicia. Lejos de Cristo, esclavos del demonio, somos vasos de ira, llenos de pecado y de impiedad. Necesitamos del que ya vino, del que es el más fuerte, para atar al que nos esclaviza, para purificarnos de nuestro pecado y llenarnos de la suavidad de Cristo como vasos de elección⁸⁷.

Los ciegos. — Sin Cristo somos ciegos. Nuestros ojos interiores no ven la Sabiduría, no ven al Verbo sin el que nada ha sido hecho. Heridos en nuestra inteligencia, estamos turbados

⁸² Mt. 12, 22ss; SS. 71 y 130.

⁸³ Mt. 20, 29ss; S. 88.

⁸⁴ Io. 5, 1ss; Tr. 17; SS. 124, 125; Mai 128.

⁸⁵ Lc. 7, 11ss (S. 98); Mt. 9, 18ss (Mor. 7, Mai 25); Io. 11 (Tr. 49, Mai 125).

⁸⁶ S. 88, 7-8 PL 38, 542-543; S. 77, 9-10, 488-50.

⁸⁷ S. 71, 3 PL 38, 446; S. 130, 2, 726-727.

y huimos del que es la luz de la justicia. La concupiscencia, la iniquidad, la avaricia, envuelven nuestra vida en tinieblas. Hemos de acudir a Cristo con la misma ansia que corre al médico el que está herido en sus ojos carnales. Nuestros primeros padres huyeron de la Verdad después de pecar. Con su vista herida, temiendo la luz divina, se refugiaron en las sombras. En ellos nos enfermamos todos y quedamos sin fuerzas para ir al Médico. Pero ya vino el Médico a nosotros⁸⁸.

El paralítico de la piscina. — Significa este paralítico al pueblo de los judíos que necesitaba que lo salvaran, cuando vino Jesús. La piscina tenía cinco pósticos para recordarnos que los cinco libros de Moisés, ni toda la Ley, pueden hacer algo por la salvación de los hombres por sí mismos. A lo más los convencen de pecado, pero no los absuelven. Los hacen reos de la "letra" sin la gracia. Cuando el pueblo se creía puro, inocente, sano, sin serlo, entonces se le dio la Ley. Y no pudo cumplirla. Por la prevaricación contra la Ley que mandaba y prohibía, pero no ayudaba a cumplir ni sanaba, el pueblo descubrió su enfermedad. Eso es estar sin fuerzas en lo interior, estar lánguido. Al lánguido le falta un hombre que lo sane, pero un hombre que sea Dios⁸⁹.

Los muertos. — Al llamar a los muertos a la vida, Cristo hace más patente lo desesperado de nuestra situación sin El. Suelen los hombres llorar ante el cadáver presente; pero mejor sería si se dolieran de otra muerte peor e invisible. Y todos dormimos en esa muerte antes de que Cristo venga a nosotros. Los tres muertos del Evangelio significan tres tipos de muertos por el pecado. *La hija del jefe de la sinagoga*⁹⁰, muerta en su casa, representa a los muertos por el pecado en el secreto de su corazón, sin que hayan pasado a la luz de los hechos realizados exteriormente. Conmovidos por sus pasiones aceptan la muer-

⁸⁸ "Invenit ergo hominem a natiuitate caecum. Quis enim hominum nisi caecus nascitur? Mente dico non corpore", Mai 130, 1 M.A. I, 377; Cfr. s. 88, 5-7 PL 38, 542-3; In Io. Tr. 44, 1 PL 35, 1713-4 (CC 36, 381).

⁸⁹ Tr. 17, 2 PL 35, 1528 (CC 36, 170). "Respondit ille hominem se non habere, a quo in piscinam mittatur. Vere necessarius erat illi homo ad sanitatem, sed homo ille qui et Deus est" (c. 1528).

te íntimamente. *El joven hijo de la viuda*⁹¹ figura a los que con el consentimiento pasan a la ejecución: el muerto ha aparecido en público. Es un caso más difícil de sanar que el anterior. *Lázaro*⁹² significa a los que están enredados en el pecado por la fuerza de la costumbre. Sus hábitos los sepultan e impiden toda respiración vital en sus almas⁹³.

Finalidad a la que apuntan todos estos significados

En todos estos milagros S. A. sale del hecho concreto y busca significar en el alma de sus fieles la idea de la pequeñez, de la necesidad extrema que tenemos todos de que Cristo venga a salvarnos. Los que aún no viven en Cristo han de sentirse esclavos sucios de Satanás, ciegos y turbados en su inteligencia, enfermos de concupiscencia, avaricia, de toda iniquidad, más aún, muertos incapaces de vivir el bien. Entre estos rasgos de sombra, S. A. proclamaba la luz de Cristo Salvador.

C. — LA RESURRECCION DE LAZARO⁹⁴

Significados propuestos por S. A. — Cristo se turbó al llorar la hermana de Lázaro. Para que entendamos la miseria de nuestra muerte espiritual que es el pecado, y su misericordia al vivificarnos. Lloró además para que aprendiéramos a derramar lágrimas por nuestras malas obras, a fin de que la costumbre del pecado ceda a la violencia de la contricción. Preguntó dónde habían puesto el cadáver porque el Señor no ve iluminados por su luz a los muertos del alma. También después del primer pecado preguntó al hombre: “¿Dónde estás?”. Al llorar Jesús mostró que lo amaba, que vino a llamar a los pecadores a penitencia. Se estremeció de nuevo y vino al monumento porque los que se disponen a revivir han de estremecerse de dolor. Y dijo: “Quita la piedra” porque el cadáver estaba oprimido por la ley escrita en piedra. Cuando mandó retirarla, es como si dijera: “¡Predíquese la gracia, que no oprima más la piedra!”. Elevó sus ojos al cielo, dio gracias al Padre y clamó con gran voz:

⁹⁰⁻⁹¹⁻⁹² S. 98, 3-6 PL 38, 592-594; Tr. 49; 3 PL 35, 1747-1748 (CC 36, 420-421); Mai 125, M.A. I, 353-5; Tr. 49, 12, 1753 y 1752.

⁹³ Id.

⁹⁴ Tr. 49 PL 35, 1746-1758 (CC 36, 419-433).

“¡Lázaro, sal fuera!”. El estremecimiento de Cristo, su llanto, su clamor, son indicios de lo difícil que es levantarse para el que vive oprimido por la mole de la mala costumbre. El muerto volvió a la vida, pero aún estaba atado. No eran por tanto, sus fuerzas, sino la potestad de Dios, lo que lo había vivificado. Por eso Cristo llamó con una gran voz. Cuando confesamos lo que somos, nos levantamos, pero estamos aún ligados por nuestros pecados y deben absolvernlos los ministros del Señor. Lázaro fue resucitado así a fin de que creyéramos en Jesucristo y nos preparáramos a la resurrección por la que seremos llamados del sepulcro.

Finalidad de todos estos significados

S. A. llena aquí de confianza en Cristo, mostrando a sus fieles cómo nos salva con su poder y su misericordia. Nadie ha de desesperar y todos han de reconocer que Cristo obra en el alma que está en pecado, aunque se haya habituado a él. Cristo clama en lo interior del pecador haciéndole caer en la cuenta de su estado, haciéndole derramar lágrimas de contricción y dándole confianza en las palabras de gracia que lo librarán de la esclavitud de la ley. Cuesta salir del pecado, pero la potencia de Dios es más fuerte y obrará el milagro. Movidado por la gracia, el pecador ya vive, pero es menester que se presente a los ministros de Dios para que lo desaten.

D. — LA CANANEA⁹⁵, EL CENTURION⁹⁶, LA HEMORROISA⁹⁷
Y EL HIJO DE REGULO⁹⁸

Significados propuestos por S. A.

La Cananea. — Jesús se hacía el desentendido cuando la mujer lo invocaba a gritos, pero no le negaba su misericordia: quería encender más sus deseos y darnos una lección de humildad. Ella clamaba, perseveraba, golpeaba, como si ya hubiera oído el “Pedid... buscad... llamad”⁹⁹. Antes había dicho Cris-

⁹⁵ S. 77 PL 38, 483-87. Cfr. Mai 25 M.A. I, 318.

⁹⁶ S. 62 PL 38, 414-416.

⁹⁷ S. 62, 416-417; S. 77, 485-486.

⁹⁸ Tr. 16 PL 35, 1522-1527.

⁹⁹ Mt. 7, 7.

to: "No déis las cosas santas a los perros..."¹⁰⁰, y ahora le dice a esta pagana: "...no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los cachorros". Ella siguió clamando y obtuvo misericordia. "Sí Señor", dijo. Reconoció que era un can de la idolatría, pero que esperaba las migajas del Señor. Recibió, encontró y entró: "¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como tú quieres".

El Centurión. — Al decir a Jesús que se dirigía a sanar a su criado: "Señor, yo no soy digno de que entres bajo mi techo, dí una palabra y mi siervo será curado", el Centurión se hizo digno. Y mereció que Jesús entrara en su corazón. Aunque si habló con tanta fe y humildad era porque llevaba ya dentro de él Aquel a quien tanto respetaba.

La Hemorroísa. — También ella sanó por su actitud de acudir a Cristo con la esperanza de ser curada. Lo fue completamente cuando tocó la orla del manto de Jesús. Las vestiduras de Cristo, significan a los Apóstoles. Esas personas representadas por la hemorroísa, la Cananea y el Centurión, son la Iglesia de los Gentiles. La orla, lo más ínfimo de las vestiduras, es Pablo ("Paulus"), el mínimo de los Apóstoles, del que posee estas vestiduras sale una virtud que sana a los que las tocan con la humildad de la fe.

El hijo del Régulo. — Muchos de los gentiles reconocieron sus miserias y hallaron misericordia. En cambio, se perdieron hombres que pertenecían al pueblo de Jesús. Para muchos judíos, era difícil creer en Cristo, como sucedió con la familia del Régulo. Apenas creyó la casa del curado. Los hombres se salvan o se pierden, no por ser judíos o gentiles, sino por aceptar o rechazar la salud que Jesús vino a ofrecernos. Dios se hizo hombre para que nos reconociéramos frágiles, mortales, enfermos, pecadores. Quiso que nos moviéramos a acudir al Médico. Si esto no nos aprovecha, ¿quién será capaz de curarnos? Lo peor para sanar es que uno se crea sano. Por esta soberbia fueron rotas las ramas del árbol de los Patriarcas, y en su lugar fueron injertados los ramos del acebuche humilde.

¹⁰⁰ Mt. 7, 6.

Finalidad de estos significados

Todos estos milagros nos señalan cómo hemos de recibir nosotros la Salvación que nos trae Cristo. S. A. se esfuerza por convencer a sus fieles que es Jesús quien nos mueve a desear y pedir nuestra curación interior, y que cuando reconocen la necesidad en que se encuentran y acuden invocando insistentemente al Señor, entonces comienza a ser realidad en ellos la Salvación. Hay quienes resisten, quienes no hacen este reconocimiento y se retraen en su perdición aún ante la elocuencia de los milagros y el clamor de las obras del mismo Cristo.

E. — PEDRO CAMINA SOBRE LAS AGUAS¹⁰¹, LA CURACION DE LOS LEPROSOS¹⁰² Y DE LA MUJER ENCORVADA¹⁰³

Significados propuestos por S. A.

Cristo camina sobre las aguas y Pedro también. — Cuando vio Pedro que Cristo venía sobre las olas al encuentro de la barca, le dijo: "Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas"¹⁰⁴. Rectamente creyó que podía con la voluntad de Dios, lo que es imposible a la enfermedad humana. Reconoció de qué era capaz por sí mismo y qué si lo movía el Señor. Lo que él no podía presumiendo, el Señor lo obraba mandando. Y Cristo dijo "Ven". A la palabra del que rige todas las cosas descendió al mar y comenzó a caminar. Esos son los hombres firmes de la Iglesia, los que pueden con la fe lo que no puede nuestra debilidad. A muchos les impide ser firmes, la presunción de ser firmes. Cuando Pedro comenzó a hundirse, temiendo el viento fuerte, mostró lo que podía obrar por sus propias fuerzas. Sintió como hombre su debilidad ante las olas. Este siglo es un mar y la tempestad está en cada uno y son sus malas inclinaciones. Sólo el que ama a Dios va seguro por este mar. El que tiene su corazón en las cosas de este mundo, será tragado por él. Si fluc-

¹⁰¹ S. 76, PL 479-483.

¹⁰² S. 176, PL 38, 952-953.

¹⁰³ S. 110, PL 38, 639.

¹⁰⁴ Mt. 14, 28.

tuamos por la mala inclinación, entonces hemos de clamar con Pedro: "Señor, sálvame". Los hombres creen que se ha de invocar a Dios sólo cuando vienen las calamidades: guerras, hambres, pestes, desgracias personales. Cuando la felicidad del siglo les sonríe, no creen que hay vientos contrarios. En los tiempos de bonanza material, hemos de mirar las malas inclinaciones de nuestro corazón. No sea que nos hundan. Supone gran virtud luchar contra este tipo de "felicidad" de modo que no nos atraiga, nos corrompa y nos hunda.

La curación de los diez leprosos. — Hubo diez leprosos curados en su cuerpo por Jesús, pero de los diez, sólo uno, el samaritano, fue curado en su alma y se acercó para agradecer al Señor. La lepra, que no tiene color fijo, significa esta inconstancia en una confesión. La confesión consiste en admitir que todo lo bueno nuestro lo recibimos de Dios. Podemos adelantarnos en algo al que nos previno con su gracia, si confesamos que el bien que nos viene, sale de El y lo malo es debido a nosotros. Alabar a Dios y acusarnos a nosotros, es la sana doctrina.

La mujer encorvada. — El género humano representado en aquella encorvada, no elevaba su corazón a Dios. Sólo por la gracia de Cristo puede sanarse esta enfermedad. "Omnis homo mendax"¹⁰⁵. Pero hombres fueron los apóstoles, los mártires y el mismo Hijo de Dios no se desdeñó de serlo. Si quiere ser algo bueno, no lo será de lo suyo propio, sino por la gracia de Dios.

Finalidad de estos significados

El hombre se convierte y va por el camino de la Salvación si no presume de su fortaleza, sino que reconociendo su impotencia, clama al Señor, poniendo en El su esperanza. Esta debe ser la actitud de toda nuestra vida, ya que siempre estaremos con nuestras pasiones. Procuraba S. A. al explicar estos milagros mover a sus fieles a dar gloria a Dios acusándonos a nosotros y alabándolo por los bienes que nos ha prodigado.

¹⁰⁵ Ps. 115, 11.

F. — LOS CIEGOS JUNTO AL CAMINO¹⁰⁶, LA HIGUERA MALDITA¹⁰⁷, LA TRANSFIGURACION¹⁰⁸

Significados propuestos por S. A.

Los ciegos junto al camino. — La actitud de los ciegos simboliza lo que hemos de hacer mientras vivimos: clamar al Señor que pasa, es decir, que hizo entre nosotros acciones temporales desde nacer hasta morir. Clamar no sólo con palabras, sino con las obras del Evangelio. Así Cristo irá vigorizando nuestros ojos interiores. Al despreciar al mundo y sus placeres, dar a los pobres, perdonar, rogar por los enemigos, devolver lo que quitamos, entonces clamamos al Señor. Pero la turba no quiere que clamen los ciegos. Representa esta turba a los que están alejados de Dios y no ven la urgencia de la caridad de Cristo, e increpa con sus críticas a los que claman a El. No hemos de pensar en ellos, sino continuar en nuestro clamor hasta que llegue a Jesús. Se detendrá, nos sanará perfectamente y nadie nos separará de El. En su inmutable eternidad El nos sanará los ojos cuando intuyamos su divinidad. Mientras clamamos, mientras obramos las obras de Cristo, nos vamos purificando más y más. Después veremos claramente.

La higuera maldita. — Al maldecir la higuera, Cristo nos quiso significar el hambre de correspondencia amorosa, de frutos de obras que espera de los que creen en El. La higuera sin fruto y con hojas, representa a los rechazados del pueblo judío: de nada les vale que esperen la salud y conserven las palabras de todos los profetas. Son pura hojarasca, no poseen a Cristo en su unidad y en su caridad. Carecen del árbol de frutos excelentes. Los judíos que se salvaron al oír las voces de los Apóstoles, dieron frutos después de haber cooperado a la muerte de Jesús. Hicieron penitencia, hallaron gracia y bebieron la sangre que derramaron antes.

La Transfiguración. — Cristo mostró el resplandor de su rostro y la blancura de sus vestiduras. Los Apóstoles, separa-

¹⁰⁶ S. 88 PL 38, 546-547.

¹⁰⁷ S. 89 PL 38, 553-558.

¹⁰⁸ S. 78 PL 38, 490-493.

dos por el Señor de la turba, han encontrado la soledad del monte del Señor, pan de su mente. Su tentación es como la de Pedro: "Si quieres, haré aquí tres tiendas"¹⁰⁹. Pero Pedro ha de descender, predicar, insistir a tiempo y destiempo, argüir, enseñar, exhortar. No ha de detenerse ante el sacrificio, sino predicar con amor la verdad. En la patria eterna encontrará al fin su seguridad.

Finalidad de estos significados

En los milagros de este grupo, se esforzaba S. A. por mover a sus fieles a acompañar el don de la fe con obras, mostrando que éstas integran la vida cristiana. El clamor de los ciegos, el fruto del árbol, la palabra del que predica, todo indica que la vida que Cristo nos ha traído ha de crecer durante toda nuestra existencia y a través de todos nuestros actos. Cristo vivió así desde su infancia hasta la muerte. Si vivimos palpitando con El en su dispensación temporal, lo alcanzaremos en su inmutable eternidad.

G. — EL CIEGO DE NACIMIENTO¹¹⁰

Significado propuesto por S. A.

Este ciego vive en el milagro, todo el misterio de la humanidad que no ve ni reconoce a su Creador por sus pecados. La ceguera del cuerpo no está causada por sus pecados o los de sus padres. Pero su alma está ciega por pertenecer a la raza del que perdió la luz y se escondió para no verla. Sólo lo podía sanar el Verbo que se hizo carne: por eso hizo el Señor barro del polvo con su saliva y ungió los ojos del enfermo como la Iglesia unge a sus catecúmenos. Le faltaba lavarse en Siloé que significa "Enviado". Se lavó y vio. Los fariseos creyéndose verdaderos discípulos de Moisés, seguidores de la ley, no reconocieron su propia ceguera y expulsaron de la sinagoga al que antes es-

¹⁰⁹ Mt. 17, 4.

¹¹⁰ "...vetustissima lectio quasi nova nos delectavit", S. 136, 1 PL 38, 750; Mai 130 M.A. I, 377-379; trata del ciego de nacimiento mostrando cómo en él se significaba el género humano que ha de confesarse necesitado a fin de ser iluminado por la fe; Tr. 44 PL 35, 1713-1714 (CC 36, 381); Tr. 44 PL 35, 1713-1719 (CC 36, 381-388); S. 88 PL 38, 541.

taba ciego. Pero lo recibió Cristo, lavó la cara de su corazón y vio. Al hablarle lavó la cara de su corazón porque Siloé hablaba con él. No se contentó entonces con decir "Creo Señor", sino que postrándose lo adoró. Así lavó su rostro, y vio. En el resto de nuestra vida han de ir fortaleciéndose nuestros ojos interiores para que puedan ver sin pestaños la Luz Eterna.

Finalidad de los significados

S. A. mueve los corazones para que reconozcan la primacía de Cristo en nuestra Salvación. El viene misteriosamente a nuestro encuentro, no nos desprecia, sino que se hace hombre (¡nuestra tierra y su saliva!), nos unge y nos lava. El Señor sigue repitiendo en la Iglesia el milagro al ungir a los catecúmenos, y lavando en Siloé a los que creen. El día del Bautismo nos lavó el Enviado, le adoramos y nacimos a la luz. Hemos de robustecer nuestra vista hasta la plenitud de la luz eterna.

H. — LA MULTIPLICACION DE LOS PANES¹¹¹

Significados propuestos por S. A.

Los cinco panes de cebada significan la Ley Antigua contenida en los cinco libros de Moisés cuya corteza no alimentaba, pero en cuya médula se escondía Cristo. La circuncisión, el sábado, la letra del Antiguo Testamento, eran la dura corteza de esa cebada. Su médula era lo que esos sacramentos significaban. Los dos peces parecen señalar a las dos personas que eran ungidas en Israel, Rey y Profeta para regir y santificar al pueblo. Las cinco mil personas sentadas sobre el heno, era el pueblo que descansaba sobre las cosas de la carne. El muchacho que llevaba los panes y los peces, era Israel que puerilmente poseía todos estos misterios y no se alimentaba. Cristo mandó distribuir el alimento. El es el pan verdadero que se reparte a todos en la Iglesia cuando se predica. Al entender lo que se predica, al creer, se come el pan. Este pan vivo hace renacer interior-

¹¹¹ Tr. 24 PL 35, 1592ss (CC 36, 244 ss); S. 130 PL 38, 725-728; S. 131, 729-734; S. 95, 581-584. La atracción del alma por Dios para que el hombre acepte el Pan de la predicación, la trata en Tr. 26 PL 35, 1606-7 (CC 36, 259-269).

mente y alimenta, aunque no a todos. La misma predicación, el mismo pan, se da a dos hombres, y uno cree y otro desprecia. Uno sintió la atracción y no se la atribuyó a sí mismo. El otro, sí. Los judíos saciados de su propia justicia, murmuraban. Creían cumplir la Ley por sus méritos, ignorando que nadie la cumple sin la gracia que nos da el Pan bajado del cielo.

La plenitud de la ley es la caridad que difunde en nosotros el Espíritu Santo. Se ha llamado a sí mismo el Pan bajado del cielo. Al tomar nuestro pan en la predicación, sentimos hacia El una atracción de la voluntad que no es violenta ni excitante. Si no nos sentimos atraídos, hemos de rogar para que lo seamos. Uno puede entrar en la Iglesia y hasta recibir el Sacramento en contra de su voluntad. Pero no puede creer a no ser que lo desee. La atracción del alma es el amor. Somos atraídos, no sólo voluntariamente, sino con placer. Nuestro corazón posee un apetito al que sabe muy bien este Pan celestial. El hombre a quien deleita la verdad, la felicidad, la vida eterna, cómo no será atraído fuertemente por El? No sólo el cuerpo tiene apetitos, sino el alma. Uno que ame, desee, tenga sed en esta soledad y suspire por las fuentes de la Patria, lo sentirá. Si escucha uno que está helado, no sabrá de qué habla. Así eran los que murmuraban. Ahora es más fácil tener hambre que saciarnos. El Señor que nos da lo que amamos y esperamos, nos sanará en la resurrección de los muertos. El que reparte el pan, el que predica, sólo introduce en el oído un ruido de palabras. Pero el que entiende lo hace porque en su interior alguien brilla y se revela. Exteriormente está el agricultor del árbol que planta y riega, pero sólo Dios da el crecimiento. El Padre es quien enseña a los que oyen a su Verbo... Si los hombres oyen a tal Verbo, es porque se hizo carne y habitó entre nosotros. No vemos al Padre, pero sabemos de El porque oímos el Verbo del Padre. El que pronuncia ese Verbo, permanece en él y atrae al que lo escucha. El maná del desierto era una sombra de este Pan de Verdad. Los que lo comieron materialmente ya murieron. Pero unidos con Cristo, con el Verbo hecho carne, podemos comer espiritualmente el Pan del altar y formar un solo Cuerpo con el Señor.

Finalidad de los significados

S. A. procuraba persuadir a sus fieles de que Cristo es el Pan celestial de nuestras almas que nos convierte, nos salva, nos perfecciona. La Ley, los Profetas, los Sacramentos antiguos, todo eso significaba a Cristo. Al pasar por la tierra, Jesús dio materia de predicación que consta de sus palabras y de sus obras. Con el sonido de la voz del predicador, el Padre que permanece en ese Verbo, atrae los corazones de los que escuchan. Brilla allí Dios y se revela la verdad, la vida, la felicidad. Con todas las fuerzas de nuestra alma somos atraídos por El y dispuestos para recibir el Pan del altar para formar un solo Cuerpo con Cristo.

VI. — CONCLUSION

Lo que interesa en la Teología de la Predicación es que se señalen las relaciones existentes entre la Revelación Divina y las vidas de los hombres que se han de salvar, tal como se indicó al hablar del "Status Quaestionis"¹¹². El interés de todo lo que hizo Cristo no acabó con las personas que fueron sus inmediatos testigos. S. A. tiene la virtud de hacernos llegar las palabras y obras de Jesús de un modo íntimo y perfectamente adaptado a nosotros, o mejor dicho, a los cristianos de su tiempo. Allí parece estar la clave de sus interpretaciones, a veces tan extrañas para nuestra mentalidad, en su predicación de "Figura" - "Signum" - "Mysterium" - "Sacramentum".

1) *Un primer principio teológico de esta predicación sería que los milagros de Jesús se relacionan de tal modo con el mismo Señor como Salvador actual nuestro, que su persona, los protagonistas del milagro, sus acciones y palabras, nos hablan a nosotros y se dieron teniéndonos especialmente en cuenta*¹¹³.

2) *Toda nuestra Salvación está centrada en Cristo. Figurado desde el comienzo de la Creación, se nos revela paulatinamente:*

¹¹² Cfr. Cap. II, "Signum"... y "Status Quaestionis" en los Sermones de S. A.

¹¹³ Eso es lo que ha hecho S. A. al hacer todas sus interpretaciones. Así lo dice además expresamente: "factum Verbi, verbum nobis est" (Tr. 24, 2 PL 35, 1593 [CC 36, 244]).

*escondido en el Antiguo Testamento y con claridad cuando el Verbo de Dios toma nuestra carne en una Nueva Alianza de Dios con la humanidad. Vivimos ahora en el tiempo de una intervención delicada y amorosa (como un desposorio) de Dios con la familia humana y con cada uno de los hombres*¹¹⁴.

3) *Quiere Cristo que nos persuadamos profundamente de la necesidad extrema que tenemos de ser salvados por El, al tiempo que nos asegura de su poder para librarnos de todos nuestros pecados*¹¹⁵.

4) *Con esto, desea que clamemos humildemente pidiendo nuestra salvación a fin de que arrepentidos de nuestros pecados, obtengamos la gracia de ser renovados por el Bautismo*¹¹⁶.

5) *El gran milagro de nuestra salvación lo ejecuta ahora Cristo atrayendo a la Iglesia, purificando a los catecúmenos y prolongando su vida en los que se bautizan*¹¹⁷.

6) *El Salvador quiere que perseveremos con firmeza toda la vida en la sana doctrina de acusarnos por nuestros pecados y de glorificarle por todo el bien que hace por nosotros*¹¹⁸.

7) *Desea Cristo que la misma humildad con que comenzamos la salvación, la vayamos perfeccionando con obras de discípulos que lo siguen evangélicamente. La humanidad de Cristo que crece desde su infancia hasta su gloria, es el "sacramentum" del crecimiento de la vida de Cristo en nosotros desde que entramos a la Iglesia por el Bautismo hasta la muerte*¹¹⁹.

8) *Cristo se nos revela íntimamente alimentándonos con el contenido de la Palabra (Escritura y Predicación que la expone), de modo que atraídos y aficionados a El con ese Pan celestial de su voz que resuena en nuestro interior, nos dispongamos a recibir el Pan de su Eucaristía para formar un solo cuerpo con El*¹²⁰.

¹¹⁴ Cfr. Las bodas de Caná.

¹¹⁵ Cfr. La resurrección de Lázaro, la Cananea, el Centurión, la Hemorroísa y el Hijo de Régulo.

¹¹⁶ Cfr. los milagros de los párrafos E, F, G.

¹¹⁷ Cfr. los párrafos G y H.

¹¹⁸ Cfr. párrafo E.

¹¹⁹ Cfr. párrafos F, G.

¹²⁰ Cfr. párrafo H.

Al llegar aquí comprendemos mejor aquella afirmación de S. A. a propósito de los milagros:

*"Haec ut fidem facerent innotuerunt; haec per fidem quam fecerunt, multo clarius innotescunt"*¹²¹.

Los milagros se nos dieron para encender nuestra fe. Y por la fe que despertaron, son conocidos mucho más profundamente.

¹²¹ De C. Deei 22, 8 PL 41, 760 (CSEL 40, 595; CC 48, 815).